JOSE HIERRO Y EL TIEMPO QUE HUYE DE NUESTROS BRAZOS (*)

La poesía de José Hierro, en su interior, es estática, sólida en su esencial meollo; por fuera, presenta unos nerviosos y rampantes matices de evolución que bien pudieran llamarse musicales. La música está siempre presente, una música entrecortada, con ritmo seguro, es decir, con pie de tiempo. Toda la poesía de Hierro es una postura ante el tiempo que se va de nuestros brazos; una irremediable mutilación de tiempo. En persona, Hierro es como su poesía: vivaz, aladamente energuménico, bailando constante esa danza apta para la lucha diaria o el vino con prisa bebido. De paso, no estaría de más decir que esa poesía suya es una de las más coherentes y de calidad que se han escrito en la posguerra.

El hombre Hierro habla en sus versos del hombre en general, puesto ante los ojos del poeta para ser comprendido. En efecto, él mismo confiesa que es un poeta testimonial, que "da testimonio de su tiempo desde el *yo* o desde el *nosotros*". ¿Cómo juzga Hierro a los hombres de su tiempo, a los poetas de su grupo? Se creyeron semidioses. La posguerra dió a muchos un sentido de fracaso individual; hubo que refugiarse en el *nosotros*. Dos notas caracterizan la poesía de Hierro: el desencanto y el escepticismo. El desencanto:

> Ahora ya es tarde. Quisimos
> tocar con las pobres manos
> el prodigio.
> .....
> Cuando nada se desea
> todo se posee.

Hay muchas insistencias en lo de la desposesión. Un magnífico poema del libro *Tierra sin nosotros* (1947), titulado "Generación", resume el desencanto común. He aquí el final:

> Sin dejar rastro, como el oro
> de las hojas, cuando coronan
> la frente grave del otoño...
>
> Porque no queda ni una sola
> rosa plantada por nosotros.

(*) *Poesías Completas*, Giner, Madrid, 1960. El presente estudio forma un capítulo del libro, de próxima publicación, *Poesía española de posguerra (historia y antología)*.

El escepticismo de Hierro presenta afinidades con los de Quevedo y Blas de Otero; claro que en Quevedo el desmayo es más estirado, y el consuelo posible sobrevuela, teológico, a la persona; en Quevedo, como en Gracián, la solución aparece como religiosa, muy a lo barroco. Blas de Otero tiene tenaz sed de la mayoría, en ella halla el remedio. Hierro es el gran desencantado. Nada le libra de la profundidad de su escepticismo, si no es refocilarse en el mismo dolor, en la misma desesperanza como una forma de alegría. La vida, simple y dada, en suma. Por eso, el recuerdo, en función de la fugitividad, adquiere una continuidad inalterable en la poesía de Hierro. El *nosotros* del poeta toma caracteres de defensa:

El pasado que no fue nuestro
lo quisiéramos poseer.

¿No recuerdan estos versos de "Con las piedras, con el viento", aquellos otros de Antonio Machado:

¡Juventud nunca vivida,
quién te volviera a soñar!

Sí, el paso del tiempo. La juventud perdida. A Dios le preguntará qué ha hecho de su tiempo. Verlaine preguntaba lo mismo de su juventud. Otras veces, Hierro protesta de la soledad: *¡Señor, Señor, por qué nos has dejado solos!...* Dios está vivo, aunque—por algo Hierro puede ser catalogado como un poeta existencialista—, surja como ansia, como anhelo; quiere llegar a El, establecer contacto:

¿Nos ve ciegos
y no puede guiarnos?

Sin embargo, Dios es absorbido por los dioses, que son los que realmente cuentan en el poeta. Cuando ruega, lo hace "a la divinidades de la vida". Los hombres se creían los semidioses en el cenit, los dioses. He aquí un aroma de paganismo, tan corriente en la poesía de Hierro; y hay pámpanos, octubres, flautas, vino rojo... ¿No pensaremos en una terminología casi modernista? ¿No estará Rubén un poco a la vuelta de la esquina? Claro que el decadentismo interior (desencanto) de Hierro se salva por su personalidad; Hierro posee un estilo. La huella de Juan Ramón Jiménez también es visible. Asimismo, el verso corto, tan usado por José Hierro, procede de Pedro Salinas, quizá el poeta del 27 que más amó a Rubén Darío. Cierto que su verso es práctico, pero no tan seco y desnudo como él dice. La amenidad expresiva y las reiteraciones tienen una raíz remota en el modernismo; reiteraciones que son música, temario repetido, y por eso esta poesía puede justamente llamarse intelectual, por el grado de sabiduría derramada en la técnica del poema. Cuando Hierro afirma, en el prólogo a sus *Poesías Completas,* que cada poema ha de ir en función de los demás, así como cada verso ("no creo en los versos de belleza aislada"), no hace más que hilar musicalmente, entretejer, componer. De su amor a la música hay constancia numerosa: "Homenaje a Palestrina", "Acordes a Tomás Luis de Victoria", "Sinfonieta a un hombre llamado Beethoven", "Homenaje a Haendel"... La música, sí, pero

que sea "de nuestro mundo", no "celeste"; la "muerte en movimiento": noche, sangre, carne.

La muerte, poso y foso del tiempo. De tres maneras entiendo que se manifiesta la muerte en la poesía de Hierro. 1. Miedo de la muerte. Lo efímero camina hacia su fin, todo es caedizo, aunque el poeta ame la tierra ya que al menos sabe que ella es *materia*. Existe un truco para alejar la idea de la muerte. ¿Cuál es? El dinamismo:

> Serenidad, tú para la muerte,
> que yo estoy vivo y pido lucha.

2. La muerte aceptada románticamente. Ya se ha notado por otros el romanticismo de la poesía de Hierro, aunque yo crea que no es tan general como algunos indican. Hierro ha puesto en pie nada menos que un regreso de muertos. Esta idea, tan romántica, la encuentro particularmente en el libro *Tierra sin nosotros*. El poema se titula "Ellos":

> Descalzos
> andan. Yo no los siento
> descender de sus marcos.
> Yo no sé qué palabras
> traen, que no he descifrado.
> Nombres, fechas, lugares...
> ¡Señor, me está vedado
> su secreto! No puedo
> darles mi sangre. Hablo
> con ellos y no entienden
> mis palabras. Los llamo
> a voces y no me oyen.

La falta de comunicación entre vivos y muertos acosa al poeta, que halla una salida, un ventanal, y es la tercera posición ante la muerte: la alegría como fuente de inmortalidad. En "Alegría" (1947) sobre todo, la muerte es vencida por la sensación victoriosa del gozo:

> Aquel que ha sentido una vez en sus manos temblar la alegría,
> no podrá morir nunca.
> .....
> No podré morir nunca.
> Aunque muera mi cuerpo, y no quede memoria de mí.

Pero todo acaba. Incluso el amor. Dos características muy interesantes quiero señalar en la postura del poeta ante la fugitividad de lo amoroso. La primera, aquella que consiste en cantar la irrepetibilidad del amor. En el poema "Segunda fábula (el amor)", de "Con las piedras, con el viento", hay unos versos reveladores:

> Volver a amar, era llorar
> por la dicha desvanecida.
> Era encontrar con quién partir
> el pan y el vino de otros días.
>
> Pero—de sobra lo sabemos—
> sólo una vez se ama en la vida.

El primer amor es el único. Pero el primer amor es irrepetible incluso entre los que lo usaron. En el encuentro entre amada y amado,

los años
—dirás—no nos han herido.
Pero todo habrá cambiado,
querido,
pero todo habrá cambiado.

("Vuelta", de *Quinta del cuarenta y dos.)*

Todo acaba... ¿Todo? En "Estatuas yacentes" (1953), junto a la recomendación, hecha por el poeta, de compartir de veras la vida en llanto y sufrimiento, y huir de la apariencia, hay una promesa de la futura verdad o realidad, por medio de la resurrección de la carne. A don Gutierre de Monroy le dice que un día tendrá ojos mortales; entonces comprenderá la verdad. Un día don Gutierre hará saltar en pedazos la estatua que lo fija y limita, y vuelto carne descubrirá la nada de las vanidades humanas. Permítaseme señalar la originalidad del enfoque. Es un giro en la concepción tradicional del desprecio a las pompas mundanas; y Hierro lo hace desde la carne y su triunfo. Su canto a la carne constituye, sencillamente, una apología a la vida humana vivida realmente, traspasada de fundamentos. No hay desprecio al mundo ni a la carne, sino a la *apariencia.* ¡Oh, la vieja destemplanza de los griegos hacia lo aparente! En Hierro puede respirarse siempre un aire filosófico, de pensamiento. Su poesía es definitoria, hecha de sentencias. (Todo poeta auténtico define, esencializa). Inútil acumular ejemplos, porque Hierro siembra sentencias y concisiones a voleo.

La huída del tiempo—tema existencial en la poesía de Hierro—tiene su contraveneno: en abrazo a la vida, a la realidad de la vida. Y aquí el su contraveneno: el abrazo a la vida, a la realidad de la vida. Y aquí el poeta se nos muestra acomodado plenamente en la corriente última de la poesía española. Lo diario, sentido con plenitud, es un motivo de salvación. El hombre, viviendo, se asombra. "Somos alegres porque estamos vivos", dirá Hierro. Y la alegría brotará cada vez que se atrape el momento efímero:

Hay que invadir el día,
apresurar el paso,
¡de prisa!
antes que se nos eche
la noche encima.

La tercera parte de "Alegría" se llama "Variaciones sobre el instante eterno". El poeta recomienda perpetuar el instante, pues luego se deshará en las manos... El hombre es una suma de instantes sucesivos, que el tiempo no destruye. La esperanza clama. Ya está lejos la melancolía del poeta frente al mar, a quien pensó no mirar con los mismos ojos; el mar, que lo acunó, y al cual presintió distinto cuando pasara el tiempo. Ahora *el* instante pasa, pero quedan *los* instantes unidos (¿y no es eso lo que Hierro nos da a entender con sus poemas, neutros si se encuentran separados unos de otros?). Y la conciencia más ilustre de alegría será el dolor, la amargura, y la realidad de las cosas brillará más que nunca. En esa realidad de la vida diaria, las tierras de España le ofrecen al poeta su verdad, su ser. Y si ve a la patria "vieja y seca", y lamenta la muerte vulgar, en un país extraño, de un español, Manuel del Río—¡ah, la antigua España gloriosa, también fugitiva!—, pasea amorosamente por Sego-

via, Santillana del Mar, Andalucía... La España diaria, las fiestas en su dulce ritornelo; la Nochebuena, a la que se ase el poeta como a un clavo ardiendo; y, reverso lógico de tanta realidad paseada, la realidad de las alucinaciones. Pero la vida monótona, ¿no es también alucinación? Hierro ha cantado más de una vez a la pureza y la inocencia. ¡La vida, la vida! En el poema "Mambo", de "Cuanto sé de mí", la experiencia vivida en un cabaret se retuerce sobre sí misma hasta llegar a confundir conciencia y ensueño. Y el poeta, además de vivir, expresa. Por eso no me parecen demasiado convicentes ciertos versos de Hierro, en su "Alucinación de Dublín": afirma que la poesía "da apariencia de vida a lo inmóvil, a lo paralizado". Y les dice a los henchidos de acción, "bienaventurados", porque ellos no necesitan las palabras. Esta franca apelación a la vida frente a la poesía, me parece que no tiene objeto cuando el poeta es un hombre que sabe vivir. Saber vivir es tarea de gloria. Hierro es de estos hombres, y su vida es su poesía. El tiempo de todos y el tiempo suyo se va irremediablemente de los brazos, pero él ha señalado la belleza verdadera del momento efímero. Una rosa—dijo Hegel—es superior a una montaña, porque ésta no muere. Exacto. La muerte de la rosa es su mejor resurrección.



MANUEL MANTERO